



EKONOMIA

Climatología y precios pulsan la rentabilidad de la campaña cerealista

Llegadas estas fechas, se inicia la temporada cerealista en Euskal Herria, con especial incidencia en Nafarroa y Araba, los dos herrialdes con mayor presencia de este cultivo. Climatología y precios van a repercutir en una campaña marcada por la incertidumbre, con malas expectativas iniciales que se podrían corregir.

REPORTAJE

Natxo MATXIN

Las cosechadoras ya se han incorporado al paisaje rural, especialmente en Nafarroa y Araba, principal granero de Euskal Herria. Recolectarán el trabajo de todo un año, marcado por la inestable climatología y la volatilidad de unos precios con tendencia a la baja, factores que aventuran una campaña cerealista en la que predomina la incertidumbre y que parte con unas malas expectativas iniciales, pero que podrían corregirse *a posteriori*.

Es lo que visualiza, con todas las precauciones del mundo al no disponer de suficientes datos concretos todavía, Jesús Goñi, responsable de experimentación y fincas agrícolas del Instituto Navarro de Tecnologías e Infraestructuras Alimentarias (Intia). «Ha sido un año con condicionantes climáticos extremos y raros, con constantes vaivenes», explica. Una montaña rusa que arrancó con «un invierno muy lluvioso, algo que la cebada no asimila bien», seguido de un abril «sin apenas precipitaciones», un mayo «más favorable, con lluvia y temperaturas frescas», y una nueva ola seca y calurosa que terminó por agostar el grano.

Pese a ello, las perspectivas están siendo mejores de lo que cabía esperar en un principio. «No digo que vaya a ser un año bueno, ni mucho menos; pienso que va a estar en torno a la media. Hay volumen de cosecha, pero el peso específico sale penalizado como consecuencia de esos últimos calores. Hay granos en cantidad, pero se han llenado mal», analiza. No oculta que tanta variabilidad meteorológica responde a un cambio climático sobre el que Intia trabaja para hacerle frente, ensayando con nuevas variedades que se adapten mejor a tanta alternancia.

El área de cultivos extensivos en Nafarroa se cifra en torno a las 195.000 hectáreas, copadas en su mayoría por el trigo

(42%) y la cebada (36%), cifras muy similares a las del año pasado, «una estabilidad que no suele ser habitual». El dato relevante lo pone el guisante, que marca números de récord, con casi 11.000 hectáreas, fomentado por los ecorregímenes de la PAC y acercándose a las 13.000 que se siembran de avena, un cultivo «con efectos rotacionales positivos» que tradicionalmente se destina a piensos, aunque continúa creciendo su uso para copos.

Afortunadamente, en la presente campaña no se han registrado episodios generalizados de enfermedades o plagas que hubieran contribuido a una cosecha más deficiente, quitando algunos casos de ramularia, un hongo que parasita la cebada y que «nos mantiene en alerta en los últimos años por el incremento de su presencia, si bien este año ha aparecido muy tarde y ha provocado un menor daño», admite Goñi.

SIN COBRAR LA COSECHA PASADA La variopinta geografía y climatología navarras lógicamente también afectan al resultado final. El rendimiento que se obtiene en zonas muy propicias para el cereal –alrededores de Iruñea– no se corresponde para nada con el de otras áreas con una orografía y suelos muy diferentes, como Erribera. To-

más Ayensa, agricultor de Cabanillas que trabaja 450 hectáreas, expone que los cultivos tempranos «granaron bien, no así los tardanos». Pese a que en su comarca, caracterizada por ser seca, llovió tanto o más que el año pasado, «lo hizo de golpe y a destiempo».

Por si no fuera suficiente con dicho contratiempo, los calores de mayo terminaron de arruinar las previsiones. «La cebada ha granado mucho mejor porque lo hizo antes de que eso ocurriese, pero al trigo lo pilló estando en leche y eso le afectó de manera muy importante», argumenta. Y ello ha traído consigo una producción muy desigual. «Hay quien ha recogido 400 kilos por robada, otros 100 y algunas piezas se han quedado sin cosechar. La zona, la tierra, los purines... son factores que han influido en ese rendimiento tan diferente», explica Ayensa.

Los problemas para algunos productores de esta zona no acaban ahí. No solo trabajan «sin saber lo que vamos a cobrar», al desconocer el precio al que les van a pagar en la cooperativa, sino que «habiendo entregado ya toda la cosecha de este año, todavía estamos sin cobrar la de la campaña pasada».

Mejor panorama se aventura en Iruñerria, aunque tampoco las previsiones son

Bajo estas líneas, una cosechadora trabaja en Iruñerria, concretamente en una parcela de Cordobilla. Iñigo URIZ | FOKU





para lanzar las campanas al vuelo. De tradición familiar, Aitor Larraintzar es un joven cerealista de Zolina, población ubicada en el Valle de Aranguren, que trabaja unas 100 hectáreas siguiendo el método inculcado por su aita de la rotación trienal (trigo, cebada y otro cultivo regenerador del suelo). «Vamos a tener una cosecha de cinco raspado, muy justa», evalúa. Y no tanto por el volumen o la calidad, sino por otros factores que, a su juicio, afectan directamente al primer sector.

«Ahora mismo, dependemos más de decisiones geopolíticas que de nuestro propio trabajo. Los costes se han elevado una barbaridad. En mi caso, he calculado que el año pasado gasté casi 20.000 euros más de lo habitual. El gasoil lo hemos estado pagando a 1,4 euros, cuando lo habitual era que estuviese a 0,50. Y la urea se ha triplicado hasta los 1.000-1.100 euros por tonelada, siendo su precio normal los 300. El precio del cereal no sube en la misma proporción», se queja.

COSECHA «FLOJA» Sensiblemente inferior es la superficie que se dedica al cultivo de cereal en Araba, unas 50.000 hectáreas. De ellas, la mitad suelen estar ocupadas por trigo, mientras que otras 12.000 se destinan a cebada y sobre unas 5.000 a avena, datos aproximados de anteriores campañas a la espera de los datos oficiales de la PAC, matiza Andrés García, gerente del grupo cooperativo Garlan. Espera una cosecha «floja» porque la temporada ya empezó mal, «pues hubo pocos momentos para sembrar en condiciones». Más tarde, la climatología cambiante, alternando épocas de mucha lluvia con otras demasiado calurosas, ha provocado «problemas en el desarrollo radicular y también en la posterior maduración».

Un cálculo aproximado de menor rendimiento puede ser «entre el 15 y 20% con respecto al año pasado», porque dichas condiciones también han causado la aparición de enfermedades fúngicas, entre ellas la septoria, diversas variedades de roya, oídio y rincosporiosis, «esta última la que más ha afectado», alude. A esa incertidumbre climática hay que añadirle «el elevado coste estructural de una hectárea cerealista», lo que hace que «sea poco sostenible y se trabaje a pérdidas».

Una situación que, por ejemplo, afecta directamente a Gorka Barredo, agricultor de Komunioi (Lantaron), quien transmite de manera tajante que «lo tenemos jodido mientras el precio lo controlen *brokers* y multinacionales, y que esté regulado en bolsa y no por consumos». Con 220 hectáreas cultivadas de cereal, hasta hace dos semanas esperaba un rendimiento positivo de sus campos, «pero esta última ola de calor ha mermado las expectativas, aunque ya se verá cuando cosechemos».

También Jon Moraza, cerealista de Trebiñu, espera a que entren sus máquinas, aunque con parcelas en la Llanada, para comprobar cuál será el rendimiento agrícola de su finca, si bien apunta a que «será mejor de lo que, en principio, esperaba». «Del volumen de kilos que recojamos por hectárea dependerá si acabamos con pérdidas o no», asume. Ocurra lo que ocurra, los problemas del campo seguirán latentes por la dependencia de factores externos determinantes.



Campo de cereal en la localidad alavesa de Matauko.
Endika PORTILLO | FOKU